

## NOTA EDITORIAL



[Ian Watt] *made some really big mistakes—he thought there was “a” novel; he thought it had a beginning; he assumed it was a narrative fiction that displaced previous narrative fictions and had a “rise” located in metropole England.*

*In doing so, he was naive, sexist, racist, Anglophilic, logocentric, essentialist, positivist, vulgarly materialistic, and probably homophobic. But nobody is perfect.*

—Lennard Davis (1998: 317-318)

La historia literaria continúa siendo uno de los pilares de los estudios literarios, como dan cuenta, entre muchos otros ejemplos, los veintiséis volúmenes que desde 1964 la Association Internationale de Littérature Comparée / International Comparative Association (AILC/ICLA) ha publicado de su *Comparative History of Literatures in European Languages*. El espíritu de dicha colección es el de complementar la escritura de las historias literarias nacionales con la identificación de fenómenos relacionados o comparables desde un punto de vista internacional y supranacional. El reconocimiento de estos procesos parte del análisis de las relaciones entre obras individuales que puede extenderse posteriormente para formar grupos cada vez mayores que podrían mostrar los rumbos de la literatura en lugares y momentos específicos. Además, la serie enfatiza el hecho de que, debido a su extensión y variedad, sólo puede existir gracias al esfuerzo colaborativo, la preparación interdisciplinar y el eclecticismo en el uso de las herramientas literarias (Domínguez, 2015: 93).

Como apuntó Claudio Guillén (2005), las relaciones genéticas, las derivadas de condiciones sociohistóricas comunes y la organización según principios teóricos definidos (como la intertextualidad, la narratología, la genología o la te-

matología) son algunas de las herramientas literarias con las que se alcanza la supranacionalidad. Sin embargo, también es cierto que, en la actualidad, la transversalidad en el uso de estos principios conduce a estudios teóricos y críticos que han encontrado más productivo centrarse en las transformaciones de los textos que en la búsqueda de esencialismos y rasgos distintivos exactos entre, por ejemplo, lo nacional, lo internacional o lo supranacional.

Es en este contexto que nos gustaría pensar los artículos incluidos en la Central Poligrafías de este número de *Nuevas Poligrafías. Revista de Teoría Literaria y Literatura Comparada*, mismos que estudian los andamiajes intergenéricos y los vínculos transnacionales en la Inglaterra del siglo XVIII. De acuerdo con una de las teorías más influyentes sobre el desarrollo de la novela anglófona moderna —expresada de manera más extensa y persuasiva en *The Rise of the Novel* (1957), del crítico británico Ian Watt— este género literario tuvo origen y alcanzó su auge durante el siglo XVIII en Inglaterra, gracias a los esfuerzos de Daniel Defoe, Samuel Richardson y Henry Fielding. Con el correr de las décadas, las suposiciones de Watt y sus seguidores han sido blanco de acaloradas controversias. En la actualidad, casi ninguna de sus aseveraciones puede repetirse sin algún tipo de matiz y, en la mayoría de los casos, sólo tras una reformulación considerable. Sin embargo, como sugieren voces críticas contemporáneas del tipo de la de Lennard Davis —a quien citamos en epígrafe en esta breve presentación—, a pesar de los señalamientos tan válidos como preocupantes que se han hecho al texto de Watt, la teoría del surgimiento/ascenso/auge de la novela sigue siendo el modelo dominante para el estudio de este género literario en el mundo anglófono.

En años recientes, no obstante, un número importante de críticos e historiadores literarios ha optado por dejar la teoría del surgimiento de la novela en la periferia de sus estudios, en vez de continuar con las confrontaciones directas, que, irónicamente, terminaban por asegurar su permanencia en las aulas y los libros. Los trabajos críticos y teóricos sobre géneros literarios dieciochescos ahora parten de la premisa —por demás difícil de negar— de que en efecto algo sucedió en la oferta cultural de aquel momento que constituyó un punto de inflexión para la narrativa. La legitimación cultural de la novela en el mundo anglófono inició así un camino

que, hasta la explosión del consumo masivo de ficciones en medios no escritos (en especial en series de televisión y películas a libre demanda en las plataformas digitales denominadas OTTs), se vislumbraba imparable. Sin cuestionar lo anterior de manera directa, aunque sí de forma implícita, muchos estudios críticos sobre la historia de los géneros literarios vuelcan su interés en las posibles aportaciones de otros géneros discursivos (literarios y no literarios) en las distintas iteraciones de la novela anglófona dieciochesca, al momento en que comienza a constituirse como una forma más o menos reconocible, y por cierto la preferida por el público lector.

Es bien sabido que, a lo largo del siglo XVIII, se estableció una nueva categoría de discurso en la conciencia del público lector en Inglaterra: la ficción. Al inicio de este siglo, las narraciones ofrecían uno de dos aspectos: narrar la verdad o la mentira, convención compartida tanto por autores como por lectores. Numerosos escritos anteriores al siglo XVIII, tales como romances, fábulas, alegorías o poemas narrativos, guardaban una naturaleza ficticia; en suma, escritos carentes de verdad pero que tampoco tenían la intención de engañar. En la primera mitad del siglo XVIII tales manifestaciones literarias se clasificaron ya fuera por su intención (como las fábulas morales) o por su forma (como la épica). La categoría discursiva que ahora denominamos *ficción* constituía, entonces, un espacio de expresión abierto y novedoso, a tal grado que el público lector se identificó con los personajes de estos relatos y aprendió a leer de una manera nueva, a instituir nuevos códigos y nuevas formas afectivas a partir de su recepción. Todo esto permitió crear múltiples versiones y revisiones de esta nueva forma de escritura que hoy en día llamamos “novela”. Estudiar la forma en que este género se fue abriendo paso a través del siglo XVIII equivale a reconocer la presencia de un entramado intertextual e intergenérico conformado por tradiciones diversas, múltiples y, muchas veces, contradictorias.

Es posible trazar algunas de las coordenadas para entender los orígenes de la novela en Inglaterra a finales del siglo XVIII al alinearlas con las nacientes pautas sociales y económicas, así como con los nuevos mitos sobre la sexualidad, el amor y el matrimonio. El inicio de la economía capitalista, la división del trabajo, la relación de la familia con la propiedad, la vida urbana —en resumen, el aparato

económico y social que marcó a la época moderna— redefinieron las funciones económicas y sociales de hombres y mujeres. Es entonces que el mercado, tanto para la novela como para los periódicos, las revistas y los folletines, creció como nunca antes, no sólo en virtud de estos cambios materiales, sino también por el gran campo que se abría en la redefinición de todas las categorías sociales antes aceptadas. La novela permitía en ocasiones reivindicar las divisiones existentes (de clase, religión, género, etnia, etc.), pero también sondearlas, cuestionarlas y transgredirlas por medio de la indeterminación del estatus formal, cultural y moral de este género de escritura.

La literatura del siglo XVIII se adhirió al principio del didactismo, persiguiendo la utilidad social y moral de forma deliberada. Ostensiblemente se elogió el recato y el decoro, así como valores y roles de género convencionales. Pese a esto, muchas de las virtudes resaltadas de manera abierta en los textos de la época estaban en constante diálogo con otros discursos menos aceptados que podían infiltrarse dentro de este campo híbrido representado por la incipiente novela. Si bien hacia la segunda mitad del siglo el vínculo entre las virtudes femeninas y las literarias cobró fuerza (etapa que la crítica ha denominado *The Age of Sentimentality*) y la moral y el sentimiento se consolidaron como características esenciales de la femineidad, personajes ficticios como Moll Flanders, Roxana e, incluso, Pamela Andrews, así como figuras autoriales de la época, como Eliza Haywood, John Cleland y Fanny Burney, hicieron de la novela un laboratorio experimental en el cual las categorías de “moralidad” y “feminidad” podían ponerse a prueba sin renunciar del todo al retorno al discurso social aceptado hacia el final del relato. Desde esta perspectiva, la feminización de la escritura sentimental, categorizada así en el sentido de poseer el sentimiento y la delicadeza de expresión, también permitió el cuestionamiento de categorías fijas y el enjuiciamiento del doble estándar mediante el cual se valoraban las virtudes de las mujeres frente a las de los hombres.

En buena medida, fueron las mujeres quienes hallaron en la escritura una nueva dimensión: en un extremo social, al ser excluidas de muchas actividades políticas, sociales y económicas, y sin saber qué hacer para brindar sentido a su tiempo y a sus vidas; o, en otro extremo, al ser orilladas a tener que abrirse paso en

un mundo de intercambio económico donde estaban en desventaja o donde ganar implicaba la monetización de sus propios talentos. La novela les permitió irrumpir en un mundo de ideas, les ofreció pautas para la reflexión y constituyó un medio importante para dar a conocer —y compartir— la experiencia femenina. Las novelas escritas por mujeres (*women’s novels*) en cierta medida también educaron a las mujeres y proyectaron una transgresión sutil y velada.

Cabe tener en cuenta que la pluralidad y la tolerancia constituyeron valores importantes en la Inglaterra dieciochesca. Lo anterior emana del deseo de estabilidad, armonía y paz, del hartazgo por las revueltas civiles y religiosas del diecisiete, pero también del auge y la consolidación de las ciencias, en especial de las matemáticas, la física y la química. Esta nueva actitud influyó de forma determinante en el nacimiento de una época que daba la espalda a los problemas religiosos que marcaban profundamente la Inglaterra del periodo de Oliver Cromwell y que también se muestra abierta a cuestionar y sondear los valores de la época que le antecedió. Todo esto, como es de esperar, se reflejará en la literatura.

La novela trajo consigo cambios que repercutieron de forma decisiva en las escritoras y escritores. El sistema de patronazgo que subordinaba a los autores al gusto de pocos lectores desapareció y surgió, en su lugar, un amplio público de lectores y lectoras que mostraron interés por una gran variedad de temas y gustos diferenciados. Como apuntan muchos estudios críticos, la novela moderna abreva de otros géneros, al tiempo que repercute en la reconstitución de todo tipo de manifestaciones culturales de la época. Las novelas, sus autores y lectores establecen nutridas conversaciones que trascienden páginas y fronteras textuales. En palabras de Harriet Guest (2000), “eighteenth-century novels themselves participate in debates that cut across genres; they assume readers who are immersed in periodical literature, in poetry, in histories, readers who discuss plays and parliamentary debates, who perform music, and peer into the windows of print shops” (15). No es de extrañar, por tanto, que en las novelas dieciochescas se puedan detectar estructuras narrativas, temas y modos discursivos de otras formas de entretenimiento que eran muy populares en su momento, como las artes visuales, el teatro e inclusive la pornografía. La diversidad de géneros y medios que

son absorbidos por la narrativa en prosa durante el siglo XVIII trasciende también demarcaciones nacionales y de idioma. Así, en esta centuria, la novela anglófona muestra fuertes vínculos con la tradición española y francesa. Estos andamiajes intergenéricos y vínculos transnacionales son los grandes hilos conductores de los artículos que integran la sección e ilustran cómo estas perspectivas derivadas de una misma tradición literaria (como la inglesa) pueden ser vistas desde la óptica del comparatismo y vinculadas con otras tradiciones literarias.

De esta manera, Central Poligrafías comienza con un recorrido por la tradición hispánica a cargo de Gabriela Villanueva Noriega, el cual pone de manifiesto las distintas maneras en que la picaresca española del Siglo de Oro fue incorporada a la novela anglófona dieciochesca. Este artículo aborda el problema de la definición de picaresca y las características del pícaro como figura marginal y a la vez transgresora que se consolida mediante una “fórmula narrativa”. Villanueva Noriega va más allá de considerar los núcleos temáticos con los que la crítica tiende a identificar al pícaro como personaje recurrente en diversas tradiciones literarias para dar cuenta del “amplio acervo de recursos formales que enriquecen y complican el arte de narrar” cuando se retrata un personaje tipo vinculado a un contexto histórico-social determinado. Su análisis comparatista del que podría considerarse el texto paradigmático de la picaresca española, el *Guzmán de Alfarache* (1599-1604), de cara a las novelas de Daniel Defoe revela la innovación importada e invita a continuar rastreando este tipo de conexiones transnacionales que amplían y matizan las visiones de lo que se considera como los orígenes de la novela anglófona.

Siguiendo los pasos del pícaro infiltrado, Elena Deanda-Camacho ofrece una provocadora propuesta al vincular dos extremos narrativos que competían por la atención del público lector dieciochesco: la novela sentimental y la pornografía. La autora hace esto por medio del análisis minucioso de un peculiar ejemplo de picaresca femenina anglófona en una obra por demás inteligente y fascinante que aún lucha por sacudirse el tabú de lo pornográfico y aspira a obtener un lugar en el canon literario: *Fanny Hill* (1748) de John Cleland. Como afirma la autora, vista desde su riqueza retórica, sus guiños intertextuales con textos del Siglo de Oro español y su conciencia metaliteraria, *Fanny Hill* “emerge como una novela compleja que

merece salirse de ese cajón a menudo vilipendiado de la literatura pornográfica”. De manera persuasiva, el artículo de Deanda-Camacho insta a sus lectoras y lectores a reconsiderar el valor literario de *Fanny Hill*, de suerte que pueda llegar a ocupar su merecido lugar dentro de la genealogía de la novela anglófona dieciochesca.

En el camino de los pícaros y la fascinación dieciochesca con la sexualidad, Claudia Ruiz García presenta un sugerente acercamiento a dos novelas francesas olvidadas por la crítica que se desvían de sus modelos ostensibles de la literatura libertina y la picaresca pero convergen en una avidez característica del pensamiento ilustrado por estudiar el placer, “descubrirlo, analizarlo, justificarlo, elaborar sistemas, comentar sobre él”. El artículo redescubre estas obras como verdaderas novelas de formación, cuyos protagonistas de orígenes oscuros “hacen una segunda entrada al mundo por la vía del gozo”. Al hacer esto, Ruiz García pone de manifiesto la enorme y con frecuencia desatendida relevancia de lo sexual en la empresa ilustrada del siglo XVIII. El artículo, además, abre la puerta a la reflexión sobre el papel de la pornografía y su complicidad o distancia con las instituciones de poder de cara al surgimiento de la razón Ilustrada, la transgresión, el deseo y los problemas éticos de su representación.

Por su parte, el artículo de Anaclara Castro-Santana examina la trayectoria de la trama matrimonial a partir de su identificación como convención iterada con más frecuencia en el arte dramático, la cual encuentra continuidad en la novela dieciochesca de mediados de siglo que buscaba establecerse como género literario con legitimidad moral y prestigio cultural. El artículo vincula las restricciones creativas impuestas al teatro tras la aprobación del Acta de Licencia Teatral de 1737 con varios de los cambios culturales que se gestan en este periodo, entre los cuales el florecimiento de la novela ocupa un lugar fundamental. Castro-Santana establece un puente entre este hecho histórico, que orilló a muchos de los autores teatrales a cambiar de giro y volcar sus energías hacia el nuevo género, y la consolidación tanto comercial como cultural del mismo a partir de su incorporación del reconocible y satisfactorio final matrimonial. A decir de la autora, “la trama matrimonial, que había poblado los escenarios durante décadas, se insertó en la novela cuando ésta se afianzaba como género literario de prestigio”. El artículo

funciona como una sugerente invitación a seguir explorando el legado de la “trama matrimonial” y su relación con la construcción del ideal del amor romántico a través de la novela de los siglos posteriores, hasta llegar a nuestros días en forma de sus manifestaciones más trilladas a través del *rom-com*.

La esperanza de quienes compilamos y contribuimos a la sección de Central Poligrafías en este número es que estos artículos se lean como un diálogo abierto que invite a seguir pensando las múltiples formas en las que las historias literarias y los géneros literarios se van transformando y abriendo paso a través del tiempo. Los artículos se escriben en un momento en el que el (re)descubrimiento de obras antes consideradas oscuras e inaccesibles para un público amplio, habilitado por el acceso a bibliotecas digitalizadas, invita a cuestionar algunos de los supuestos más afianzados sobre el surgimiento de la novela. Esperamos que este conjunto de artículos sea una pequeña contribución para complejizar, matizar y enriquecer nuestra comprensión de este fenómeno cultural durante el siglo XVIII desde una mirada comparatista.

La sección de Otras Poligrafías, por su parte, incluye dos artículos que también reflejan las metodologías transversales que mencionamos anteriormente. En el primero de ellos, Sandra Álvarez Hernández propone tres términos warburgianos para enriquecer el carácter multicultural e interdisciplinario que la literatura comparada ha adquirido. A partir del renacimiento de los estudios sobre Aby Warburg, la autora propone ingeniosamente considerar la supervivencia de lo antiguo (*Nachleben*), el espacio de pensamiento (*Denkraum*) y la determinación del perímetro o poética de la circunscripción (*Umfangsbestimmung*) en las imágenes y los textos. Así, se pueden pensar de otra forma las relaciones que la literatura establece con la historia del arte, la historia de las ideas y los estudios culturales, por ejemplo. Si Warburg “imaginó una ciencia innombrable que no pertenecía a ninguna de las disciplinas de su época y, al mismo tiempo, necesitaba de todas”, los estudios comparatistas actuales siguen cuestionándose a sí mismos, y a sus vínculos con otros estudios, además de imaginando de qué otra manera podrían ser.

En el segundo artículo de la sección, Marisol Nava Hernández hace un análisis transtextual de “La audiencia de los pájaros”, de Álvaro Uribe, considerando nociones



del género fantástico. Las diferentes formas de la relación del relato con el poema “El fénix y la tórtola” de William Shakespeare nutren y fundamentan las características fantásticas del mismo. Perspicazmente, Nava Hernández establece los diversos vínculos entre las obras y, con base en la teoría de Genette, analiza los diferentes niveles de transtextualidad que se despliegan al identificar epígrafes, notas al pie, alusiones y transposiciones diegéticas que resultan en “un nuevo universo ficcional, creación y recreación en permanente diálogo”. Como lo muestra este detallado análisis textual, en el cuento del escritor mexicano, el destino y lo fantástico permiten entender de otra manera el texto shakespeariano debido al panorama interpretativo que se despliega a partir del diálogo entre tiempos y espacios tan distintos.

Finalmente, en la sección de “Reseñas” presentamos tres libros que ejemplifican la variedad de los estudios teóricos y críticos de los fenómenos literarios. Eduardo Yescas Mendoza comenta *Transmedial Narration. Narratives and Stories in Different Media*, un interesante y metódico tratado de Lars Elleström. Como Yescas Mendoza sostiene, el libro proporciona una panorámica de herramientas transmediales que pueden usarse para analizar cualquier medio en cualquier circunstancia. Así, las aproximaciones transmediales pueden iluminar, además de los estudios literarios, las teorías del arte y de la comunicación, por ejemplo. Por su parte, Mircea Lavaniegos Solares reseña la edición de la *Trilogía africana* de Chinua Achebe y resalta la trascendencia de tener en español un libro que incluya estas tres novelas fundamentales para la literatura y los estudios de la misma en los siglos XX y XXI. En el texto se apunta la importancia de este tipo de ediciones y se sugiere otra más que suma, a la traducción que ya tenemos de *Things Fall Apart* en el español de México, las de *No Longer at Ease* y *Arrow of God*. Mariana Riestra Ahumada cierra el número con el comentario de un libro que adquiere una relevancia particular en el tiempo que vivimos: *TvFicciones: Reflexiones críticas sobre la televisión estadounidense*, editado por Nattie Golubov. El libro, como menciona Riestra Ahumada, enfatiza el interés actual que tenemos en mercancías culturales como las series de televisión y las películas estadounidenses, además de en las conversaciones que se establecen con ellas desde el periodismo, la academia y otras interacciones sociales.

Como puede verse, este tercer número de *Nuevas Poligrafías. Revista de Teoría Literaria y Literatura Comparada* es el resultado de la colaboración entre muchas personas. Mariana Denisse Morales Hernández, José Emilio González Calvillo y Ainhoa Brosa Mendoza estuvieron a cargo de las revisiones editoriales de todos los textos. Maximiliano Jiménez siguió apoyándonos desde la Coordinación de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, con la revisión técnica y también, especialmente para este número, con el armado de la plataforma del OJS. Berenice Ortega Villela, por su parte, se sumó a explicarnos el manejo de ésta. Volvemos a agradecerles su colaboración y compañía en estos tiempos de pandemia tan complicados.

*Anaclara Castro Santana, Gabriela Villanueva Noriega, Argentina  
Rodríguez Álvarez, Susana González Aktories e Irene Artigas Albarelli*

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DAVIS, Lennard. (1998). “Who Put the ‘The’ in ‘the Novel’? Identity Politics and Disability in Novel Studies”. *Novel: A Forum in Fiction*, 31(3). <https://doi.org/10.2307/1346103>
- DOMÍNGUEZ, César. (2015). “Comparative Literary History”. En César Domínguez, Haun Saussy y Darío Villanueva, *Introducing Comparative Literature. New Trends and Applications*. Londres: Routledge.
- GUEST, Harriet. (2000). *Small Change: Women, Learning, Patriotism, 1750-1810*. Chicago: The University of Chicago Press.
- GUILLÉN, Claudio. (2005). *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (Ayer y Hoy)*. Barcelona: Tusquets.
- WATT, Ian. (1957): *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson and Fielding*. Berkeley: California University Press.